

Olga Belmonte García

Víctimas e ilesos

Ensayo sobre la resistencia ética

Herder

Diseño de la cubierta: Toni Cabré

© 2021, *Olga Belmonte García*

© 2022, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-4798-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta:

Depósito legal: B-

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

PRÓLOGO	11
PRESENTACIÓN	15
1. APRENDER DEL PASADO	23
2. TESTIMONIOS DEL HORROR	33
Las víctimas	40
El victimismo	63
3. LA LÓGICA DE LA BARBARIE	73
El victimario	78
Sobre la tortura	105
4. LA RESISTENCIA ÉTICA	115
La comunidad de los ilesos	118
Las tareas éticas	137
EPÍLOGO	147
BIBLIOGRAFÍA	155

*A mis padres, Julia y Juan Antonio,
por ser y crear el hogar originario
al que siempre regreso.*

Prólogo

Una noche del último verano, en plena ola de calor que calcinaba la meseta castellana, me desperté en la sierra de Madrid antes de la madrugada oliendo a humo. Preocupada por la posibilidad de que hubiera incendios en la zona, me asomé a la ventana intentando aclarar la procedencia de esa leve, casi imperceptible, pero inconfundible, señal de peligro inminente.

«Avisadores del fuego» (*Feuermelder*), nos explicó hace años Manuel Reyes Mate, es una expresión benjaminiana con la que el pensador judioalemán designa a quienes avisan de catástrofes inminentes para impedir que se cumplan. «Hay que apagar la mecha encendida antes de que la chispa active la dinamita», escribió Benjamin.

Desde las primeras páginas de este libro recordé aquellas palabras, porque, sin ninguna duda, estamos ante una nueva avisadora del fuego, y esta vez es una mujer la que nos alerta.

He leído este texto desde dos perspectivas, una como víctima y testigo de una catástrofe social, política y humana, y otra como colega profesional de Olga Belmonte en el ámbito de la filosofía universitaria. Al menos esta fue mi primera disposición al comenzar la lectura y también al encarar la tarea de escribir este prólogo.

Sin embargo, conforme iba adentrándome en el libro, cada vez me resultaba más difícil separar una cosa de la otra, por-

que el texto me llevó de la mano por sí solo con su propia fuerza, hasta perder pie por completo en cualquier clasificación o ropaje que pudiera ponerme para sentirme de alguna manera «protegida», segura de mi lugar. Y esto ¿por qué? Creo que, sobre todo, por respeto y por humildad, por sintonía con alguien que nos presenta unas páginas en las que la propia autora se despoja de todo rótulo, de todo equipaje académico, para entregarse ella misma completamente y sin fisuras, con todo su ser, su sentir y su saber.

Sin embargo, tengo que decirlo, porque no sería honesto ocultarlo, leerlo ha sido para mí una experiencia de ternura y de cuidado, una caricia, como la propia Olga Belmonte dice: «La caricia expresa a la vez el amor, el cuidado del otro, y su propio fracaso, por no poder expresarlo o sanar del todo».

Y estas palabras me evocaron el primer gesto de amor que yo misma recibí a mi regreso del infierno humano (no hay más infierno que el humano) y que se convirtieron para mí «en acto extraordinario de bondad, en pequeño milagro o destello de lo más sagrado de nuestra humanidad».

De alguna manera, leer este ensayo (como a su autora le gusta llamarlo, quizás en reconocimiento de lo provisional que es todo lo que pensamos y hacemos) es una experiencia parecida a la que se tiene al leer un poema cuando ocurre lo extraordinario y uno se siente identificado con la expresión de lo sentido por el o la poeta.

Pero no nos confundamos: este es un texto que sencillamente está construido con la cabeza y con el corazón, esos dos tópicos de nuestra acción y sus motivos. Porque nos invita a actuar, pero a actuar desde la reflexión inteligente y serena. Frente al actuar impulsivo, en apariencia emotivo hasta la máxima intensidad, hasta lo santo... Olga Belmonte reivindica un actuar meditado, razonado y sopesado que al

final es imprescindible para resultar eficiente. A esto me refiero cuando hablo de «cabeza y corazón», porque como dice la autora:

Más allá del rigor y de las verdades que se saben y se demuestran, están las verdades que se viven y se atestiguan [...]. Escuchar las emociones no significa sucumbir a lo irracional, permite atender a la carne doliente de quien sufre, el cuerpo herido. [...] El horror del pasado no se disuelve en los conceptos que lo explican, la explicación por sí sola no repara ni resuelve.

Pero una vez comprendido este punto, el concepto clave que modula toda la obra es el de «empatía». Olga Belmonte nos lanza unas cuantas preguntas en ese sentido: «¿Qué es lo que hace que el dolor de una persona no nos resulte indiferente? ¿Debe compartirse la conmoción? ¿De qué depende que se conmuevan quienes no son víctimas?».

Porque en cuanto nos detengamos a pensar, tendremos que aceptar que nunca podremos experimentar el sufrimiento del otro, porque el dolor es siempre algo íntimo que experimentamos en la subjetividad más interior de nuestro cuerpo, un lugar terriblemente solitario, radicalmente desértico. Sin embargo, podemos dejarnos tocar, exponernos a vibrar desde nuestro propio dolor con el dolor ajeno, dejar que nuestra propia herida roce con otras heridas sin por eso dañarnos mutuamente, sino, por el contrario, sentirnos hermanados en aquello que Patočka llamó «la solidaridad de los conmovidos». Porque todos somos capaces de sentir dolor y eso nos hace humanos: más bien somos humanos y nos reconocemos por eso...

Ahí está la empatía famosa. Y ahí está también la valentía, el coraje que es necesario para aceptar que no hay camino de

comprensión de la barbarie transitando solo por la pulcra acera de la intelectualidad.

Olga Belmonte al fin se ha atrevido a responder a las preguntas que sobrevuelan a toda catástrofe: ¿Cómo fue posible? ¿Cómo sigue siendo posible? Esta es la difícilísima pregunta que muchos nos hemos planteado a lo largo de los años y quizá ya es hora de que nos demos cuenta de que no encontraremos respuestas mientras no aprendamos a habitar ese mundo de «cabeza y corazón» que aquí se nos muestra y al que se nos invita.

Por último, quisiera decir que este libro no es un libro más, no es un tratado de ética (aunque hay una fuerte propuesta ética en él); es algo más, es un libro necesario, un libro urgente. En tiempos como los que vivimos, en los que lo más normal, lo que vemos cotidianamente, es la carrera por la fama, el dinero, el poder, la posesión, el egoísmo, el afán de éxito... De pronto alguien se ha «echado al ruedo» con la mirada puesta en otro horizonte, y discretamente, seriamente, amorosamente, profundamente, nos interpela. Este libro es un milagro.

GRACIELA FAINSTEIN
Madrid, octubre de 2021

Presentación

¿Qué podemos entender por víctima? ¿En qué nos basamos para distinguir tipos de víctimas? Hay víctimas que se consideran inevitables, cuando lo son a causa de catástrofes naturales o de accidentes fortuitos. Incluso en estos casos, un análisis más profundo puede señalar condiciones previas que pudieron evitarse.¹ Pero hay víctimas que lo son porque alguien las ha convertido en víctimas. En este ensayo hablamos de las víctimas morales, evitables, cuyas experiencias plantean otros interrogantes.

¿Quién las ha conducido a esa situación? ¿Había alguna forma de evitarlo? ¿Qué lleva a una persona a someter a otra? ¿Cuáles son las condiciones que favorecen que este tipo de relaciones puedan darse? En lo que se refiere a la sociedad, que en algunos casos es también testigo del sufrimiento ajeno, quienes no son víctimas, sino más bien ilesos, ¿tienen alguna

1 Me refiero a situaciones de sufrimiento que parecen inevitables, pero analizadas en detalle y con perspectiva histórica, no lo son. Hay sistemas económicos que se sostienen perpetuando desigualdades. Vivir de acuerdo con ellos supone que algunas personas estén condenadas a vivir en la miseria. En este ensayo no nos ocuparemos de las víctimas de la violencia estructural, aunque puedan ser consideradas, en cierto modo, también víctimas morales.

responsabilidad ante la situación de las víctimas y respecto de los verdugos? ¿Hay algo en el presente que deba ser objeto de alguna forma de resistencia ética? ¿Cómo evitar que en el futuro siga habiendo víctimas inocentes?

Las víctimas evitables remiten a injusticias y a la voluntad o no de quienes las cometen. Una injusticia es una situación en la que las personas no son consideradas fines en sí mismas, no son tratadas con respeto, sino como medios para los fines de otra persona o grupo de personas. En este ensayo nos ocuparemos de las víctimas morales, si asumimos la distinción de Xabier Etxeberría «entre el sentido genérico de víctima —quien sufre por la causa que sea, humana o no humana— y su sentido moral e interpersonal —quien sufre por una iniciativa injusta de otro ser humano—». ² Se trata de las víctimas que sufren el mal moral: un daño causado por otra persona de forma injustificada.

Este reconocimiento del carácter injusto del sufrimiento ajeno señala una tarea irrenunciable para quienes tienen noticia de esa situación: hacer justicia con las víctimas. ¿Qué es hacer justicia? Dependerá de los casos, pero puede traducirse en una reparación personal, en el reconocimiento social o en una respuesta ética, jurídica y política. En cualquier caso, la indiferencia, el ocultamiento o la justificación no pueden ser la respuesta. Optar por este camino supone la revictimización de quien ha sufrido el daño y nos convierte en cómplices. Elegir, en cambio, la respuesta a la llamada es una forma de resistencia ética, que nos previene de caer en la inhumanidad.

2 X. Etxeberría, «Mirarse en la víctima: reconfiguración de la culpabilidad moral», *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica* 76, 288 (2020), p. 34.

Para asomarnos a la experiencia de las víctimas contamos sobre todo con sus relatos, pero también con los de algunos victimarios y lo que pueden aportar quienes fueron testigos. En estas páginas situaremos en el centro la voz de las propias víctimas, que muchas veces se han visto silenciadas. Precisamente hay que contar también con la ausencia de testimonios de aquellas víctimas que no pudieron narrar su experiencia. Ese silencio también influye en los relatos, pues asoma entre las palabras de quienes sí pudieron transmitir su historia a través de la propia.

Las víctimas que finalmente logran transmitir sus experiencias se encuentran con la gran dificultad de traducirlas en palabras, porque no caben en ellas. Por eso debemos ser capaces de leer entre líneas y reconocer que los silencios también son, en ciertos momentos, formas de comunicarse. Para lograrlo es necesaria una disposición atenta y asumir que no todo podrá ser explicado racionalmente o en términos lógicos.

El objetivo de este ensayo es, por un lado, mirar de cara a un sufrimiento que no siempre queremos ver, quizá porque nos devuelve la imagen de una sociedad que no ha logrado evitarlo; pero también preguntarnos qué podemos aprender de lo ocurrido sin justificarlo, es decir, extraer de los relatos de las víctimas una enseñanza que señale las tareas éticas irrenunciables en el presente y de cara al futuro:

Dado que [...] los supervivientes daban testimonio de algo que no podía ser testimoniado, comentar sus testimonios ha significado de forma necesaria interrogar a aquella laguna o, mejor dicho, tratar de escucharla.³

3 G. Agamben, *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia, Pre-Textos, 2005, p. 10.

Escuchar será una forma de rememorar en un sentido abierto y comprometido el *shemá Israel*, como dirá Jean Améry, en la forma de un «escucha mundo».⁴

Escuchar y aprender para no repetir, para no justificar y para no dejar de ver y oír lo que también hoy se esté produciendo. ¿Qué significa detenerse a escuchar el grito de las víctimas? ¿Puede quedar en una experiencia estética pasiva o debería con-movernos? Reducir el dolor ajeno a mero espectáculo nos ciega moralmente: cuanto más lo vemos, menos lo reconocemos. Si realmente miramos con atención a las víctimas, no podemos dejar de escuchar su grito, incluso cuando apagamos las pantallas o cerramos los ojos y nos tapamos los oídos. ¿En qué sentido se trata de una llamada que pide una respuesta de nuestra parte?

La aproximación filosófica perderá muchos matices y nos impedirá asumir nuestra parte de responsabilidad (nos volverá indiferentes) si solo se centra en lo que se expresa en los modos académicos o con el rigor de quien *sabe*. Este ensayo no pretende ofrecer un análisis científico o meramente académico, sino un recorrido por experiencias vitales que plantean interrogantes a la propia vida y a la filosofía que quiera atender a ella.⁵ Más allá del rigor y de las verdades que se saben y se demuestran están las verdades que se viven y se atestiguan. Como enseña Kierkegaard, en estas últimas no hay maestros, sino testigos.

4 J. Améry, *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*, Valencia, Pre-Textos, 2013, p. 192.

5 La decisión de poner en el centro a las víctimas y no tanto el aparato académico que sostiene este ensayo explica que en la mayoría de los casos las referencias directas se reserven para los testimonios y las indirectas para los autores que inspiran la reflexión (estas fuentes, junto a las otras, se recogen en la bibliografía).